

## VIII

## PROEZAS DE DJAULIA

Cuando el gran marqués, convertido en un nuevo personaje se alejó en compañía de Diógenes, Bernardo de Arma permaneció un momento indeciso á la puerta del establecimiento de Jonás el estufista, sin saber qué resolución tomar.

Acababa de llevar á buen término una empresa temeraria, concebida en un momento de locura y hubiera debido mostrarse satisfecho y retirarse á descansar.

Pero no sucedió así. Una de las particularidades del carácter de Bernardo era la de sentirse dispuesto, lleno de ardor, sin que le pareciera nada imposible, mientras había algo que vencer ó alguien á quien combatir.

Parecíale que había hecho muy poco desde su llegada á París. Aun cuando hubo de emplear bien la noche, según hemos tenido ocasión de ver, aun le quedaban fuerzas y energías que prodigar. ¿De dónde las sacaba?

Sin duda de la abstinencia que por lo que respecta á las empresas amorosas habíase impuesto de algunos meses á aquella parte, desde que conociera á Solange.

Él, tan enamorado, tan exuberante en otro tiempo, había impuesto silencio á las exigencias de su ardiente juventud para consagrarse en absoluto al recuerdo y al culto de Solange. Pero sin duda por exceso de abstinencia haciase sentir su carpanta amorosa que le valiera en otro tiempo el remoquete de Sed de Amor, porque de algún tiempo á aquella parte, otras tres visiones femeninas llegaban á unirse en su pensamiento en torno á la de Solange, y tres nombres de mujeres se imponían con importunidad á su memoria en este orden extraño: Divina, Glorieta, Fiamma.

Pensando andaba en ello Bernardo cuando se percató de la curiosidad de que era objeto por parte de Jonás. Éste, que seguía creyendo tener ante él á Sed de Sangre, el temible bandido de las innumerables transformaciones, mirábale al mismo tiempo con interés y con terror, procurando grabar en su mente, para recordarlos en caso necesario, todos los detalles de aquella fisonomía.

¿Cómo había de adivinar nuestro caballero lo que pasaba en la mente del judío? Imposible, ¿verdad?

Por eso, luego de encogerse de hombros, tomó á Djaulia de la brida y fuese á llamar á la puerta de la casita de de Entragues, puerta que se cerró enseguida de darle paso.

Al verlo desaparecer, el honrado Jonás lanzó un suspiro de satisfacción; colocó fuertes barrotes ante el

escaparate de su tienda previamente cerrado, y alejose en dirección á la puerta de San Antonio, no sin haber trazado con tiza estas palabras en la puerta de la tienda: « Hoy, primero de abril, el barbero afeita á domicilio. »

— Doscientos Enriques de oro, — decíase sin interrumpir su marcha — no es suma que se encuentre todos los días; eso sin contar con que el señor de Estonteville, me acordará además su clientela, que no es moco de pavo.

Digamos aquí, para mejor comprensión de lo que antecede, que la cabeza del bandido Sed de Sangre había sido puesta á precio, fijándose éste en doscientos escudos de oro, y que esa cabeza era la que el digno Jonás iba á vender al gran Prevoste.

Sin sospechar, ni aun remotamente, el peligro que le amenazaba por efecto de esa denuncia, Bernardo, con ayuda de Morvan, el lacayo puesto por Balzac de Entragues á su servicio, limpió y aderezó su yegua enterándose de la calidad de la avena que le sería servida, antes de entregarse él mismo á sus abluciones y de pensar en restaurar su estómago.

Una vez en el comedor, sobriamente amueblado, atacó con denuedo, como un famélico, cuanto el viejo criado le puso por delante, sin tomarse siquiera el tiempo de contestar á las ingenuas obsequiosidades de aquel pobre hombre.

Mal podía hacerlo, puesto que, sin perder bocado, continuaba trabajando mentalmente con objeto de establecer una relación entre las cuatro figuras femeninas

que parecían haberse instalado en su pensamiento.

Solange no debía temer rivalidad alguna: la amaba con pasión exclusiva. ¿Qué papel representaban las otras? La cosa merecía la pena de ser elucidada.

Por lo que respecta á Glorieta, ninguna sombra podía proyectar en su idilio con Solange. No obstante lo dicho por el gran marqués acerca del « error de dos corazones ingenuos que querrían inclinarse el uno hacia el otro », estaba seguro de poder querer á Glorieta como se quiere, como se adora á una hermana. Bueno, pero, ¿y Fiamma? Teniendo en cuenta que las dos primeras debían merecerle todo respeto, la hermosa protegida de Salem-Kebir debía hablar más que á su corazón, á sus sentidos. Razonado esto, se presentaba una dificultad insuperable. ¿Qué puesto asignar á Divina la loca? Imposible colocarla á la cabeza de las otras; hubiera sido absurdo. Y sin embargo... Sí, era estúpido, incomprendible, pero tenía como la intuición de que su alma vibraba pensando en la pobre Divina.

— ¡ Muerte de mis huesos! — juró de pronto. — ¿Estaré yo embrujado?

Morvan se precipitó.

— ¿ El señor caballero me hace el honor de dirigirme la palabra?

Bernardo lo miró con sorpresa. La honrada fisonomía del viejo le fué simpática. Decididamente de Entragues habíase conducido con él como un verdadero gentil-hombre. No contento con darle el apoyo de su espada, había puesto colmo á sus finezas ofreciéndole, con su casa, aquel servidor escogido.

Vació un último vaso y contestó :

— ¿ Yo te he llamado, amigo mío? Pues no me enteré. Sin embargo, tu conversación puede serme preciosa, á condición de que consientas en informarme, nada más que acerca de aquello que te pregunte.

— El señor caballero puede interrogarme cuando guste; — dijo Morvan. — Antes de retirarse, el señor conde me ha dicho : « Obedece ».

— ¡ Admirable laconismo el del conde! — observó Sed de Amor. — Procura imitarlo, amigo Morvan, porque no dispongo de mucho tiempo.

— ¡ Cómo! ¿ El señor caballero quiere irse otra vez? ¿ No descansará unas horas el señor caballero?

Bernardo se tapó los oídos.

— ¡ Alto! ¡ Alto! — dijo. — Ya nos apartamos de lo conveniente. Voy á salir, sí, porque nada hay que deprima tanto como la inacción prolongada.

El anciano le miró estupefacto.

— ¿ Te sorprende lo que digo? — continuó el joven. — Pues es así. La momificación me es repulsiva.

Luego, golpeándose el pecho :

— Hay aquí una acumulación de fuerzas vivas, algo así como un pañol de pólvora que saltaría, de seguro, si yo no pudiera usarme un poco.

— Ya sé lo que es; — interrumpió el viejo. — El señor caballero está enamorado.

— ¿ Quieres callar, imbécil? ¡ Ah! Dispénsame amigo Morvan; creía hablar á mi escudero, y solo el diablo sabe si el pobre hombre habrá conseguido al fin llegar á Montfaucon con su cadáver.

— ¡ Un cadáver!

— De perro.

— ¡ Ah! de perro!

— Humano.

El criado se apoyó en el respaldo de una butaca.

— Pero dejemos esa historia, — dijo Sed de Amor, — y contesta : ¿ podrías indicarme dónde se encuentra la morada del maestro La Fraicheur?

— Ciertamente, señor caballero. Por la calle de Juan Pain Molet, al extremo del callejón Guilleri ganaréis la gran calle de San Martín; seguidla á mano derecha y continuad hasta la puerta de París. La casa del maestro La Fraicheur se encuentra después de pasados los pantanos del arrabal San Lorenzo, enfrente de la iglesia, en la esquina de la calle de los muertos.

— ¡ Peste! Si con tan detallado itinerario me pierdo... Pero dime aún; ¿ está por esos sitios el castillo de Chaumont?

Morvan unió las manos con ademán de enorme sorpresa.

— Mi buen señor, — dijo en tono suplicante, — yo espero que no ireis á visitar los alrededores de ese sitio maldito.

— ¿ Y por qué no he de ir?

— Porque ningún curioso vuelve — según se dice — del castillo de los espectros, en el que viven Phtah, la bruja de Egipto, y el réprobo Sed de Sangre.

— ¿ De veras? — dijo Bernardo riendo. — Pues mira, á no hallarme decidido á ir á ese sitio, lo que acabas de decirme habríame hecho entrar en ganas de visitarlo.

— El señor caballero debe comprenderme, y se arreglará de modo á no acercarse demasiado al nido maldito.

— ¡ Al contrario, cuerpo del diablo! Deseo, suceda lo que quiera, visitar el lago luminoso y el nido de buitres que lo domina; sin embargo, por motivos que sólo á mí me interesan, esperaré hasta mañana para realizar mi proyecto.

Dicho esto se levantó, y habiendo ajustado el cinturón y tocándose con el sombrero de plumas que de Entragues le hiciera aceptar para substituir al agujereado que tenía como adorno la rama de muérdago, fuese en derechura á las cuadras.

Morvan le seguía, desconcertado.

Durante el tiempo que llevaba al servicio de su amo, había tenido ocasión de ver, en aquella casa, no pocos jóvenes locos, refinados y aventureros; pero ninguno, ninguno que pudiera rivalizar con aquel en originalidad ni en tranquila audacia.

Con alegre relincho correspondió Djaulia á las caricias de su amo, que le daba suaves palmaditas en la grupa.

— En marcha, hermosa; — decíale mientras apretaba la cincha. — Capaz hubieras sido de adormecerte en una inacción indigna de ti. — ¡ En marcha, en marcha! Nada como el aire libre y el ancho espacio, el camino y sus sorpresas para digerir una opípara comida.

Montó enseguida en la yegua y luego de hacerle dar una vuelta por el patio, franqueó la puerta que Morvan acababa de abrirle.

Pero no pudo avanzar. Triple cordón de arqueros del Prevostazgo cerraba la calle, en todo su ancho, á uno y otro lado de la puerta. Detrás de los soldados agitábase la muchedumbre, impaciente y tumultuosa, mientras que en el espacio libre Jonás procuraba ocultar su semblante de zorro tras la persona del jefe del destacamento: un teniente de lo criminal.

Cuando el caballero apareció en el umbral de la puerta, temblor convulsivo agitó todos los miembros del denunciante, quien dijo en voz baja:

— ¡ Atención!

— ¡ Atención! — repitió el teniente, dirigiéndose á los arqueros. — ¡ Estrechad las filas!

El viejo criado, á la puerta, abría tamaños ojos, preguntándose si iba á pasar por el duro trance de ver arrestar ó tal vez asesinar al nuevo amigo del señor conde.

Hubo entonces un instante de trágico silencio.

Era evidente que el oficial vacilaba en dar la orden de ataque. Por otra parte los curiosos esperaban las emociones de una batalla, y Sed de Amor, no pudiendo sospechar que la fuerza armada estaba ahí por él, esperaba la voz de mando que debía abrirle paso.

Viendo sin embargo que nadie se movía, y sospechando al fin algo extraño, se alzó sobre los estribos.

— Vamos á ver, amigos míos, — dijo, — ¿ me dejáis pasar, sí ó no?

— ¡ Es él! — gritó la voz nasal del estufista.

Y veinte voces alocadas repitieron:

— ¡ Es él!

Bernardo sonreía.

— Claro que soy yo... ¡Pardiez, vaya un descubrimiento! Y como para broma ya hay bastante, supongo que vais á dejarme pasar al fin...

Hablando así, y sin duda para darse campo hizo hacer á su yegua paso atrás hasta que tocó con la grupa en la pared de la casa.

— ¡Arrestadle! ¡Arrestadle sin más tardar! — gemía Jonás.

El oficial se decidió á operar.

— ¡Rendíos, señor! — dijo.

Sed de Amor lanzó una carcajada.

— ¿Conque rendirme, eh? ¡Por el vientre del diablo! Tendría que ver que obedeciese. ¡Pronto, abridme paso ó ateneos á las resultas!

Hubiérase dicho que un relámpago brillaba en su mano. Era la espada, que acababa de desenvainar.

— ¡Rendíos en nombre del rey! — repitió el teniente.

Y Bernardo replicóle :

— ¡Plaza en nombre del diablo!

Oprimiendo enseguida las rodillas echó á Djaulia encima de la primera fila de arqueros. Los hombres que la formaban quisieron apartarse, pero no tuvieron tiempo de hacerlo.

En medio á un espantoso ruido de armas que se entrechocan, de gritos, de blasfemias y de empujones, caballo y caballero, solos contra todos, se lanzaron al asalto de la muralla viviente en la que en pocos instantes abrieron una, dos, varias brechas.

— ¡Detenedlo, pero vivo! — gritaba la voz del jefe.

Como si la empresa fuera fácil. ¿Cómo en efecto poner mano en aquel centauro cuyas patas coceaban sin interrupción, cuyo pecho aplastaba, y cuya grupa al moverse segaba filas enteras?

Sin que Sed de Amor tuviera necesidad de servirse de su espada, pudo ganar fácilmente la partida, gracias á los desordenados movimientos de su yegua. Los curiosos habianse dispersado desde luego, y en cuanto á los arqueros, unos se desmayaron por efecto de las apreturas y otros resultaron maltrechos á causa de las coces del animal. Por lo que respecta á Bernardo, tan tranquilo : como si acabara de salir de su cama.

— Hasta la vista, amigo Morvan, — dijo al pasar frente á la puerta de la casa de Entragues — y cierra pronto, porque podria ser que esos malsines quisieran vengar en ti su derrota.

Asombrado de lo que acababa de presenciar, el servidor apresuróse á obedecer, murmurando :

— ¡Y yo que temía por él! Bien puede ir solo al castillo de la bruja y del réprobo. ¡Jesús, Jesús! Eso no es un hombre... ¡Es un huracán, es el valor en persona!

Disponíase el caballero á doblar la esquina de la calle de Tixandérie cuando le pareció oír que alguien gemía detrás de él.

— ¡Mis doscientos escudos de oro! ¿Quién me los dará si se escapa? — decía la voz.

Volvióse Bernardo y pudo reconocer á Jonás cuyas manos como garras se elevaban hacia el cielo.

— ¡Ah, ya comprendo! — pensó. — Éste es el traidor. Lo mismo que me ha denunciado á mi hoy puede revelar mañana lo que interesa al gran marqués, y eso hay que evitarlo á todo trance.

Lentamente, como si nada hiciera, despojóse de la cuerda de que hubo de servirse para atar á Diógenes é hizarlo hasta la cresta del muro de Vincennes. Durante un instante ondearon por encima de su cabeza los plomos de aquel lazo, para salir luego disparados como una centella: y el estufista, amarrado por medio del cuerpo, cayó primero en tierra profiriendo un grito lamentable y viose enseguida arrastrado y puesto por último como un fardo sobre el borrén delantero de la silla, en el momento en que la yegua partía al galope levantando en torno suyo espesa polvareda.

La puerta San Martin, una de las mejor entendidas del recinto de París, presentaba un aspecto imponente y formidable. Era una especie de fortaleza flanqueada en su fachada exterior de seis torres redondas protegidas por ancho foso.

A ella se llegaba por un puente de fábrica con tres arcos, en el extremo del cual se encontraba el puente levadizo.

Las obras de este baluarte fenomenal fueron pagadas, en parte con los derechos de pie de altar percibidos por la Abadía de San Martin, con la que casi lindaba y á la cual debía defender, por más de que la tal abadía podía defenderse sola gracias á su recinto privado, guarnecido de diez torres.

Del otro lado de la puerta hallábase la entrada del arrabal de San Lorenzo; algunas casas bajas á derecha é izquierda, el puentecillo de piedras tendido sobre el arroyo fangoso y pútrido de la Granja-Batelière, y luego campos, pantanos, casucas, y por último, dando frente á la iglesia parroquial, la famosa calle de los Muertos, que subía serpenteando hacia la meseta de Montfaucon.

Iban á sonar las nueve de la mañana.

Sentado junto á una ventana abierta de la última casa del arrabal, apoyados los codos puntiagudos sobre una mesa en la que se veían restos de una frugal comida, un hombre bien desarrollado, pero mal vestido, parecía hallarse abismado en reflexiones poco agradables.

En torno de él moviase, ocupada en trabajos domésticos una mujer muy joven aún, bastante agraciada, que vestía con desenvoltura el coselete negro y la corta falda roja de las mujeres vascas.

Cada vez que sus quehaceres la obligaban á pasar junto al hombre pensativo mirábalo de reojo, encogíase de hombros, suspiraba y proseguía su camino.

Adivinábase que tenía algo que decirle pero que no acertaba á empezar la conversación.

La habitación en la que encontramos á nuestros dos personajes hallábase muy someramente amueblada. En cambio las paredes desaparecían casi bajo una abundante ornamentación guerrera.

Armeros con floretes, guantes de esgrima, petos y caretas de finas mallas; dagas y puñales de todas formas, espadas de cien modelos y varias dimensiones,

desde las de hoja ancha y corta, hasta las largas y estrechas de parada; de todo había en aquella habitación, en la que cualquier persona introducida por sorpresa habría creído, no sin razón, encontrarse en la morada de algún inteligente aficionado al noble juego de la esgrima.

Así era en efecto. Allí habitaba el señor La Fraicheur, antiguo maestro de armas del capitán Lanoue — brazo de hierro, y el más reputado profesor de los señores de la corte. Con él habíase traído de Briac á la joven Reinalda, la doméstica de roja basquiña, la misma por quien en lejanos tiempos se interesara un tanto el escudero Matraca. Y el hombre apoyado en la mesa, ante la ventana abierta de par en par, el hombre á quien Reinalda miraba suspirando no era otro que nuestro antiguo conocido el titulado barón Cortomontel, el excéntrico bandido que encontrara su camino de Damasco en la viña de los cartujos.

El hombre estaba rendido, vencido, agotado. Veinticuatro horas llevaba corriendo tras de Sed de Amor y de Matraca sin poder darles alcance.

Luego de su entrevista con el oficial de guardia en la poterna del Luvre, y desvanecida la alucinación que fué causa de que creyera ver á su ex esposa Mirtila en la persona de una obesa señora, Cortomontel bordeó el Sena por el valle de la Miseria, y luego de preguntar inútilmente por los dos viajeros bearnese á quienes buscaba en varios sitios, exponiéndose á ser reconocido y capturado, llegó al fin, molido y maltrecho, á casa de La Fraicheur.

En ella encontró tan solo á Reinalda, singular mozueta que adoraba á Cortomontel como se adora á los héroes de novela, por la fantástica aureola de que se hallan rodeados.

Y no atreviéndose á exponer el objeto de su visita á una simple criada, el barón de guardarropía se limitó á aceptar el refrigerio que le fué ofrecido. Una hora llevaba allí sin haber abierto la boca más que para comer, cuando Reinalda se decidió á romper el silencio que se le hacía insostenible.

— ¿Nada nuevo tiene el señor barón que contarme? — dijo. — ¿Ni siquiera una batalla? ¿Ni un mal encuentro entre viajeros ó burgueses extraviados y los hombres de vuestra partida?

Cortomontel se estremeció.

¡Su partida! ¿Dónde estaba á aquellas horas? ¿Hacia qué regiones desconocidas viajaba el mulo de Matraca con su vestuario de bandido?

— No; — contestó sin apartar la vista de la carretera. — Nada tengo que contarte, calamidad, que pueda parecerte una proeza. Antes al contrario, hija mía, me he dejado batir, insultar y despojar. ¿Qué te parece?

— ¿Despojaros á vos? repitió Reinalda incrédula.

Cortomontel se dignó volverse para mirarla. La exclamación de la chica halagaba su amor propio, que él mismo habíase jurado olvidar...

— Ya veo que eso te sorprende, diabólica muñeca! quiero decir deliciosa amiga mía... ¡Robar á un ladrón; ¡Engañar á un engañador! Burlar á un burlador! Sí,

convengo en que la cosa es sorprendente; pero ello es así, ¡fuego del infierno!

El aventurero estaba indignado. Pero era tan cómica su indignación que Reinalda soltó la carcajada.

Cortomontel la miró sorprendido.

— No acierto á ver la razón de tu hilaridad; — dijo sin alterarse. — Antes bien deberías compadecerte de un hombre que habiendo hecho firmísimo propósito de reintegrarse al buen camino, vese de pronto abandonado de todos, hasta de su perro, el gran Diógenes que me ha abandonado como lo que es, como un ingrato.

— ¡Bah! ¡Un perro! — dijo Reinalda.

— Sabe de una vez, burlona moza, que aunque perro, Diógenes es de regia estirpe, como descendiente de Meroveo, el padre de las madres de los veinte perros.

Como Reinalda no podía reir una bróma que no acertaba á comprender, optó por callarse. Visto lo cual por Cortomontel, siguió diciendo con voz doliente:

— He sido vencido por un joven dios y también por su sombra, ¡cuernos del infierno! Me he ofrecido á servirles ¡vientre de macho cabrío! ¿Y sabes lo que ha pasado? Pues que el joven dios y su sombra se han evaporado, se han desvanecido, llevándose cuanto yo poseía, y dejándome solo, desolado y dudando de todo... Puedo asegurarte que á partir del punto y hora en que se fugó Mirtila, mi evaporada baronesa, mi existencia es una larga serie de disgustos, penalidades y martirios...

Dos manos pequeñas y gordezuelas cerraron su boca;

por su frente pasó como una caricia perfumada, y en sus oídos atónitos resonó la canturía de estas palabras sorprendentes:

— A ésa puedo yo reemplazarla, señor barón. Tomadme por mujer.

Y la romántica moza arrodillóse al decir esto en presencia del ex bandido.

Tal vez esperaba Cortomontel tan extraña declaración, porque viósele sonreír satisfecho y benévolo. Aunque también podía ser que su satisfacción fuese producida por ver á punto de realizarse algún secreto deseo de su alma misteriosa.

— ¡Cómo! — dijo levantando á la mocita; — tú, joven desvergonzada, flor de incommensurable inocencia, ¿te atreverías á casarte con un gentilhombre que no ciñe espada?

— Ignoraba que para casarse fuese preciso ese chisme; — confesó Reinalda.

— Pues lo es, mala pécora. Un señor que en algo se aprecie no puede encargarse de la defensa de una dama sin hallarse debidamente armado... Mira, — añadió, señalando á una panoplia — ciñeme al cinto esa espada...

— ¡No, no! — se apresuró á decir la moza, recordando al fin sus deberes. — El amo me reñiría...

Pero el aventurero, sin andarse por las ramas, fué él mismo á descolgar el arma deseada.

— ¡Por Dios, señor barón! dijo Reinalda uniendo sus manos en ademán suplicante. — Teneos; alguien llega... ¡Escuchad, escuchad!